

GUETOS Y ANTI-GUETOS ANATOMÍA DE LA NUEVA POBREZA URBANA

Entrevista con Loïc Wacquant por Caroline Keve para *Debate* (Julio 2007)

Traducción: Fernanda Page Poma

Caroline Keve: En los *Los Condenados de la Ciudad*, usted traza una comparación metodológica entre la evolución del gueto negro en los Estados Unidos y la periferia francesa obrera, o *banlieue*, durante las últimas tres décadas. ¿Por qué se embarcó en esta comparación y qué le revela sobre la cambiante cara de la pobreza en la ciudad?

Loïc Wacquant: Este libro nació de la confluencia de dos shocks, el primero personal y el segundo político. El shock personal fue el descubrimiento de primera mano del gueto negro estadounidense —o lo que queda de él— cuando me mudé a Chicago y viví en el South Side por seis años. Viniendo de Francia me alarmó la intensidad de la desolación urbana, las privaciones sociales y la violencia callejera concentrada en esta *terra non grata* que era universalmente temida, evitada y denigrada por el mundo exterior, incluso por muchos académicos.

El shock político fue la difusión de un pánico moral sobre la “guetización” en Francia y muchas partes de Europa Occidental. En la década de los 90, los medios, los políticos y hasta algunos investigadores creían que los barrios trabajadores en la periferia de las ciudades europeas se estaban transformando en “guetos” al estilo de los de los Estados Unidos. De ese modo, el debate público y las políticas de estado se reorientaron para luchar contra el crecimiento de esto que se llamaba gueto. Se basaban en la premisa de que la pobreza urbana estaba siendo “americanizada”, esto es, marcada por una cada vez más profunda división étnica, creciente segregación y desenfrenada criminalidad.

Si juntamos estos dos shocks tenemos la pregunta que animó una década de investigación: ¿el gueto de los Estados Unidos y los distritos de clase baja en Europa, convergen? Y si no, ¿qué les está pasando? Y ¿qué mueve su transformación? Para responder a estas preguntas, junté datos estadísticos y observaciones de trabajo de campo de una sección dilapidada del “cinturón negro” de Chicago y del suburbio parisino desindustrializado, el “cinturón rojo”. También reconstruí la trayectoria histórica de estos barrios —porque no se puede entender su declive en la década del 90 sin considerar lo que sucedió en el siglo veinte, marcado por el auge y la desaparición de la industrialización fordista y el estado de bienestar keynesiano.

Entonces, ¿qué pasó en el *cinturón negro* americano y en el *cinturón rojo* francés? ¿Convergen?

Del lado americano nuestro que después de las revueltas de la década del 60 el gueto negro implosionó, o colapsó en sí mismo si se quiere, debido a la simultánea contracción de la economía de mercado y a la retirada del estado social. El resultado fue una nueva forma urbana que denominé “hipergueto” y que se caracteriza por una doble exclusión basada en la raza y en la clase, y reforzada por una política de retirada del estado de bienestar y de abandono urbano. Así, cuando hablamos del gueto estadounidense debemos historizarlo, y no confundir el “gueto comunal” de la década del 50 con su descendencia de fin de siglo. El gueto comunal era un mundo paralelo, una “ciudad negra dentro de la blanca”, como los sociólogos afro-americanos St. Clair Drake y Orase Cayton lo expresan en su obra-libro *Black Metropolis*. Servía como una

reserva de trabajo no calificado para las fábricas y estaba dotada de una densa red de organizaciones que ofrecía protección contra la dominación blanca. Con la desindustrialización y el cambio al capitalismo financiero, el hipergueto ya no tiene una función económica y ha sido despojado de las organizaciones comunales que fueron reemplazadas por instituciones estatales de control social. Es un instrumento de desnuda exclusión, un mero receptáculo para las estigmatizadas y superficiales fracciones del proletariado negro: los desempleados, los receptores de beneficios sociales, los criminales y los participantes de la expansiva economía informal.

Del lado francés, la percepción reinante en los medios y la política es fatalmente equivocada: los municipios de clase baja han pasado por un proceso de pauperización y descomposición gradual que los ha *alejado* del patrón del gueto. Un gueto es un enclave étnicamente homogéneo que contiene a todos los miembros de una categoría subordinada y a sus instituciones y los previene de extenderse hacia la ciudad. Ahora, los *banlieues* en deterioro son muy heterogéneos y se han hecho más diversos en términos de composición étnica en las últimas tres décadas; típicamente contienen una mayoría de ciudadanos franceses e inmigrantes de entre dos y tres docenas de nacionalidades. La creciente presencia de estos migrantes postcoloniales es el resultado de una reducción en la separación espacial: solían tener denegado el acceso a las viviendas públicas y en consecuencia estaban más segregados. Y los residentes que ascienden en esta estructura de clase ya sea por la escuela, el mercado laboral o por emprendimientos, rápidamente abandonan esas áreas degradadas.

Los *banlieues* del cinturón rojo también perdieron la mayoría de las instituciones locales relacionadas con el Partido Comunista (a quien le deben el nombre) el cual solía organizar la vida alrededor de las fábricas, los gremios y el barrio, y daba a la gente un orgullo colectivo en su clase y su ciudad. Su heterogeneidad étnica, fronteras porosas, decreciente densidad institucional y la incapacidad de crear una identidad cultural compartida hacen que estas áreas sean lo opuesto de los guetos: son anti-guetos.

Esto va en contra de la imagen pintada por los medios y políticos franceses (de derecha e izquierda), así como de los activistas movilizados alrededor de los temas inmigratorios, raciales y de ciudadanía.

Esta es una buena ilustración, una contribución clave de la sociología al debate cívico: a través de la conceptualización precisa y la observación sistemática, deja entrever las grandes brechas – en este caso una total contradicción– entre la percepción pública y la realidad social. Los inmigrantes y sus hijos en la ciudad francesa se han mezclado más, no se han separado; por sus perfiles sociales y oportunidades se parecen más a aquellos nativos de Francia, no son más diferentes. Se han dispersado en el espacio, no se han concentrado. Precisamente porque ahora están más “integrados” en la vida nacional dominante y compiten por los bienes colectivos es que son vistos como una amenaza y la xenofobia aparece entre las fracciones nativas de la clase obrera amenazada por la movilidad social descendente.

Las periferias urbanas en Europa Occidental no sufren de “guetización” sino de la disolución de la clase obrera tradicional como resultado de la normalización del desempleo masivo y la expansión de trabajos inestables a medio tiempo, así como de la difamación del debate público. En efecto, el discurso de la “guetización” forma parte de la demonización simbólica de los distritos de clase baja, lo cual los debilita socialmente y los marginaliza políticamente.

Los Condenados demuestra que la tesis de “convergencia” entre Europa y América sobre el modelo del gueto negro es empíricamente incorrecta y engañosa en términos de políticas. Luego revela la “emergencia” de un nuevo régimen de pobreza urbana a ambos lados del Atlántico, distinto del régimen del medio siglo precedente que estaba anclado en el trabajo industrial estable y la red de seguridad del estado keynesiano. Esta *marginalidad avanzada* se alimenta de la fragmentación del trabajo salariado, la reorientación de las políticas de estado en contra de la protección social y a favor de la compulsión del mercado y el generalizado resurgimiento de la desigualdad –esto es, marginalidad producida por la revolución neoliberal. Ello significa que tal marginalidad no está detrás de nosotros sino por delante. Está destinada a persistir y crecer mientras los gobiernos implementen políticas de desregulación económica y “comodificación” de los bienes públicos. Pero esta nueva realidad social, engendrada por la escasez y la inestabilidad del trabajo y el cambiante rol del estado, es ofuscada por el “etnizado” idioma de la inmigración, la discriminación y la “diversidad”. Se trata de temas reales, seguro, pero no son la fuerza detrás de la marginalización de la periferia urbana europea. Peor, sirven para esconder la nueva cuestión social del trabajo inseguro y sus consecuencias para la formación de un nuevo proletariado urbano del siglo veintiuno.

En el libro, usted resalta la indignidad colectiva que siente la gente estancada en el hipergueto y en el desindustrializado *banlieue*. Los residentes del cinturón negro perdieron el orgullo racial y sus contrapartes en el cinturón rojo perdieron el orgullo de clase. Usted sostiene que la “estigmatización territorial” es una nueva dimensión de la marginalidad urbana tanto en Estados Unidos como en Europa en los albores de un nuevo siglo.

En efecto, una de las características distintivas de la marginalidad avanzada es la propagación del estigma espacial que desacredita a la gente atrapada en barrios relegados. En toda sociedad avanzada, un determinado número de distritos o barrios urbanos se ha convertido en símbolos nacionales y referentes portadores de todos los males de la ciudad. La creciente difamación de los distritos más bajos de las metrópolis es una consecuencia directa del debilitamiento de los afro-americanos en el sistema político estadounidense y de la clase trabajadora en el escenario político europeo.

Cuando un distrito es ampliamente percibido como un “criadero de criminales”, en dónde solo los detritos de la sociedad pueden tolerar vivir, cuando su nombre para la prensa y la política es sinónimo de vicio y violencia, el *lugar* es infectado y se superpone al estigma de la pobreza y etnicidad (significando raza en EEUU y origen colonial en Europa). Aquí me remito a las teorías de Irving Goffman y de mi maestro Pierre Bourdieu para resaltar cómo la desgracia pública que afecta a estas áreas devalúa el sentido de ser de sus residentes y corroe sus lazos sociales. En respuesta a la difamación espacial, los residentes recurren a estrategias de distanciamiento mutuo y denigración lateral; se retrotraen a la esfera privada de la familia; se van del barrio (cuando tienen la opción). Estas prácticas de auto-protección simbólica disparan una profecía de realización personal en donde las representaciones negativas del lugar terminan produciendo la misma anomia cultural y atomismo social que esas representaciones alegaban que existía.

La estigmatización territorial no sólo socava la capacidad de identificación y acción colectiva de las familias de clase baja; también desencadena prejuicios y discriminación por parte de quienes se encuentran en el mundo exterior como empleados públicos y burocracias. Los jóvenes de La Courneuve, el estigmatizado *cinturón rojo* parisino que estudié, se quejan

constantemente de que deben esconder su dirección cuando se postulan para un empleo, conocer chicas o asistir a la universidad con el fin de evitar reacciones negativas de miedo o rechazo. La policía, en cuanto se entera que vienen de esos sitios “infectados”, a menudo visto como un gueto temido, es particularmente susceptible de tratarlos con mayor severidad. El estigma territorial es un obstáculo más en el camino a la integración socioeconómica y la participación cívica.

Nótese que el mismo fenómeno se observa en América Latina entre los habitantes de las mal-reputadas *favelas* de Brasil, las *poblaciones* de Chile y las *villas miseria* de Argentina. Sospecho que los residentes de la villa del Bajo Flores, La Cava o la villa de Retiro en Buenos Aires saben demasiado bien qué es la “discriminación domiciliaria”. Este estigma territorial se anexa a los distritos bajos de la ciudad argentina por la misma razón que se une alrededor del hipergueto de los Estados Unidos y el anti-gueto de Europa: la concentración en éstos de los desempleados, los sin techo, los inmigrantes sin documentos, así como las más bajas fracciones del nuevo proletariado urbano empleado en la desregulada economía de servicios. Y la tendencia de las elites estatales de usar el espacio como “pantalla” para evitar enfrentar problemas cuya raíz se encuentra en las transformaciones del trabajo.

Este estigma territorial, ¿acaso no facilita un giro al estado penal y la implementación de políticas de tolerancia cero, cuya expansión mundial usted analizó en su libro anterior *Cárceles de la miseria* (Manantial, 2000)?

La contaminación espacial le brinda al estado mayor latitud para involucrarse en agresivas políticas de control de la nueva marginalidad que pueden asumir la forma de *dispersión* o *contención* o, mejor aún, combinar ambos enfoques. La *dispersión* apunta a dispersar a los pobres en el espacio y recuperar los territorios que ellos tradicionalmente han ocupado, bajo el pretexto de que sus barrios son áreas demonizadas, a las que “no se puede llegar” y que simplemente no tienen salvación. En la actualidad esto funciona en la masiva demolición de viviendas públicas en el corazón de los guetos de las metrópolis estadounidenses y en las pauperizadas periferias de muchas ciudades europeas. Miles de viviendas son destruidas por la noche y sus ocupantes son diseminados por zonas adyacentes o por distritos pobres en las afueras, creando la apariencia de que “el problema se solucionó”. Pero dispersar a los pobres sólo los hace menos visibles y menos disruptivos políticamente; no les brinda trabajo ni tampoco un estatus social viable.

La segunda técnica utilizada para lidiar con el avance de la marginalidad tiene el enfoque opuesto: busca concentrar y contener los desordenes generados por la fragmentación laboral. Lo que hace es arrojar una ajustada red policial alrededor de los barrios relegados y expandir las cárceles y prisiones para enviar los elementos más rebeldes a un exilio crónico. Esta *contención punitiva* es comúnmente acompañada, en el frente social, por medidas designadas para forzar el encasillamiento de los receptores de ayuda pública en la desregulada economía de servicios, bajo el nombre de “workfare.” (Describo la invención de estas nuevas políticas de pobreza en los Estados Unidos, en matrimonio con el restrictivo sistema de “workfare” y el expansivo “prisonfare” en mi próximo libro, *Castigar a los pobres*). Pero la política de *mano dura* o “tolerancia cero” es también auto-derrota. Enviar a los desempleados, a los empleados marginales y a los pequeños criminales a la cárcel, los hace menos empleables y desestabiliza aún más a los barrios y las familias de clase baja. Accionar a la policía, las cortes y las prisiones para terminar con la marginalidad no sólo es enormemente costoso e ineficiente sino que agrava

el mal que se quiere curar. Y así volvemos a ingresar en el círculo vicioso que hace mucho tiempo Michel Foucault delineó: el fracaso de la prisión para resolver el problema de la marginalidad sirve para justificar su continua expansión.

Además, en Argentina y en sus países vecinos, que durante el siglo veinte atravesaron décadas de gobierno autoritario, la misma policía es un vector de violencia y el aparato judicial abunda en desigualdad. Así, extender el estado penal al fondo del orden de clases y lugares es equivalente a reestablecer una dictadura sobre las fracciones marginales de la clase obrera. Viola en la práctica el ideal de democracia ciudadana que en teoría guía a las autoridades. Lo que el estado debe combatir no es el síntoma, la *inseguridad criminal*, sino la causa del desorden urbano: la *inseguridad social* que el mismo estado ha generado al convertirse en un diligente servidor del despotismo del mercado.

*** Loïc Wacquant, *Los Condenados de la ciudad. Gueto, periferias, Estado*, Buenos Aires, Siglo 21, 2007.**

Nacido en el sur de Francia en 1960, Loïc Wacquant es profesor en la Universidad de California-Berkeley e Investigador en el Centre de sociologie européenne-Paris. Es autor de numerosos trabajos sobre desigualdad urbana, dominación etnoracial, el estado penal, cuerpos y teoría social, traducidos en una docena de idiomas. Entre estos libros, en español se encuentran Las Cárceles de la miseria (Manantial, 2000), El misterio del ministerio. Pierre Bourdieu y la política democrática (Gedisa, 2005), Repensar los Estados Unidos. Para una sociología del hiperpoder (Anthropos, 2005), Una invitación a la sociología reflexiva (with Pierre Bourdieu, Siglo 21, 2005), y Cuerpo y alma. Cuadernos de un aprendiz de boxeador (Siglo 21, 2006).